

Clemens J. Setz

# Las lunas antes del aterrizaje

Traducción de Virginia Maza

H&O Editorial



H&O

 Federal Ministry  
Republic of Austria  
Arts, Culture,  
Civil Service and Sport

Primera edición: marzo de 2025

© De los textos: 2023, Suhrkamp Verlag, Berlín

© De la traducción: Virginia Maza, 2025

© De la edición: H&O Editorial, 2025

[www.ho-editorial.com](http://www.ho-editorial.com)

Imagen de cubierta: Trevillion

Diseño: Silvio García-Aguirre López-Gay

Maquetación: Fotocomposición gama, sl

Corrección: Raquel G. Otero

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-129956-1-9

Depósito legal: B 3785-2025

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

No se permite el uso de este libro para el entrenamiento de ningún tipo de Inteligencia Artificial.

*Para C. y para S.*

H&O Editorial

H&O Editorial

Desde la atalaya en que se encontraba, veía a los hombres en la superficie recogida por el horizonte orbicular tratando de ir hacia lo alto, en dirección a la luz. En el plano terrestre, estaban unidos entre sí y con la oscuridad de abajo.

PETER BENDER, *Karl Tormann*.  
*Un renano de nuestro tiempo*, 1927

D a s u n g l e i c h e P a a r .

Mein Blut ist dicker als das Deine,  
So leichtbeschwingt ist nicht mein Schritt,  
Und dennoch gehen wir den Weg zusammen,  
Ich will doch mit.

Mein Herz schlägt nicht so rasch wie Deines,  
Ich treib es an  
Und keuche nebenher und halte aus,  
solang ich kann.

Ein jeder Schritt erfordert meine ganze Kraft,  
Und Herzblut rollt.  
Wenn einst am Weg ich kraftlos niedersink,  
Ich hab es nicht gewollt.

CHARLOTTE BENDER, *Mi lucha por Peter*,  
1940, manuscrito, archivo de la antigua  
congregación de Koresh de Estero, Florida\*

\* «La pareja desigual» // Tengo una sangre más densa que la tuya, / mi paso es no tan ligero / y, sin embargo, juntos andamos el camino, / ir contigo es lo que quiero. // Mi corazón no late rápido como el tuyo, / lo espoleo / y a tu lado jadeante voy tanto trecho / como puedo. // Cada paso me consume las fuerzas / y la sangre corre rauda. / Si un día me desplomo extenuada, / no será por haberlo pretendido. (Todas las notas: *De la Traductora*.)

H&O Editorial

## PARTE PRIMERA

### El cielo

Pues, aunque habitamos en una concavidad de la Tierra, creemos que habitamos sobre ella, y al aire lo llamamos firmamento, lo mismo que si, sobre eso que es el firmamento, marcharan los astros.

PLATÓN, *Fedón*

¿Qué es el cielo? El cielo es la mente de los débiles, de quienes no quieren ir a ninguna parte.

LAURA RIDING JACKSON, *A Last Lesson in Geography*

Lo más seguro es que fuera la búsqueda instintiva de seguridad lo que le hizo alumbrar esta idea: pensaba que estaría mejor dentro de una esfera que fuera de ella.

GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG

Es listo como una *rueda*.

ELIAS CANETTI

H&O Editorial



## UNA MIRADA A TRAVÉS DE LAS LENTES

Cuando alguien vive en Worms, vive sobre el planeta Tierra. Este se encuentra en mitad del universo y allí, como aprende todo el mundo, es una esfera enorme que orbita alrededor de otra esfera de fuego aún mayor. En el año 1920, sin embargo, nada de esto era así para uno de los cincuenta mil vecinos de la ciudad. Es cierto que vivía en Worms como todos los demás, pero él no lo hacía *sobre la superficie*, sino *en el interior* de un gigantesco globo terrestre. Además, lo hacía con toda la intención y sin queja alguna.

No es que se moviera bajo tierra ni como una imagen especular de sus congéneres. No, de ningún modo: estaba siempre a su lado, se ganaba el jornal y comía con ellos, e incluso lo encontraban a diario en la calle con traje y sombrero. Eso sí, iba encerrado en un colosal orbe terrestre hermético: el mundo hueco. Donde otros veían cielo y estrellas, él veía un gas azulado y lumbreras del tamaño de una manzana, a lo sumo; donde muchos sospechaban que estaba la nebulosa más cercana, él situaba con certeza Australia. Este hombre, que podía perder los estribos si le hablaban de expediciones al Polo Norte o al Polo Sur, era el exteniente de la Real Fuerza Aérea de Prusia Peter Bender, herido de guerra y condecorado con la Cruz de Hierro, escritor de profesión.

Ya en los primeros vuelos de reconocimiento sobre las ciénagas que salpican el valle del Vístula, reparó en la ilusión óptica: LA CURVATURA DE LA TIERRA. Así la llamaban. Y, había que admitirlo, resultaba convincente. Como salida de un manual. Un arco bello y extenso que flotaba en suspensión. Era perturbador que el acero, en las condiciones adecuadas, se hiciera tan ligero que pudiera echar a volar. En esos momentos, comprendía el miedo y la pena de la gente cuando la arrancaban o la aventaban en sueños del hogar.

A él mismo le había ocurrido de niño unas cuantas veces. Los sueños, si es que lo eran, siempre se asemejaban un poco; la atmósfera era idéntica, igual que los tonos: todo en su aspecto resultaba forzado y artificial, como las fotografías coloreadas. Tintas fuera de sitio. Esquinas y cantos borrosos, extrañamente redondeados. En algunos puntos, el color titilaba como en los bordes de un charco de aceite. Las personas iban prácticamente desnudas y el contorno se les desdibujaba. Algunas incluso tenían una mancha gris de radiointerferencias en lugar de cara. Era un mundo entumecido, pero Bender se movía por él como a saltos de siete leguas. Sin embargo, en el sueño llegaba siempre un momento en que, por alguna razón, miraba al cielo. Y al instante se arrepentía porque el azul radiante magnetizaba su mirada y la atraía hacia las alturas. Creía que iba a quedarse ciego mientras un viento tubular lo arrastraba a través de un corredor áspero y voraz que lo comunicaba con el éter. Se alejaba planeando y los edificios se hacían cada vez más pequeños; la plaza del mercado con el obelisco no era más que una imagen minúscula, insípida y sobria, como la de una caja de puros. Tiempo después, en otros sueños, comprendió que ese inquietante corredor de viento era una señal: había comenzado a comprender la verdadera naturaleza del universo.

Los alrededores del monumento a Ludwig eran un hormigueo. Había música y puestos de patatas asadas, y un hombre

con sombrero de copa exhibía un zepelín diminuto que flotaba como los inflables a gran escala. El hombre llevaba el grácil dirigible atado a una cuerda y lo paseaba como un perrillo volador, entre aplausos. En Worms disfrutaban de un ameno día de otoño. El sol había chamuscado las hojas que cubrían las calles; crujían y caminar por encima era como masticarlas. A los pies de la fuente se entregaba una banda de música y a Bender le costaba no perder los nervios en mitad de aquel bullicio. A cada paso, tenía la sensación de que el suelo le tocaba la suela de los zapatos medio segundo antes de tiempo. Ay, si lo supieran todos. Ay, si les entrara en la cabeza, de la forma que fuera. ¿Qué harían entonces? ¿Seguirían pululando igual de descuidados, pero afanosos cual abejas? El murmullo de los surtidores tuvo un efecto balsámico. También el viento que soplaba en la plaza; provee de aire a la humanidad y se encarga de que no nos asfixiemos.

En el cine Lichtspielhaus de Kämmererstrasse era día de estrenos y, para la ocasión, recorría la calle un coche tirado por un avestruz. Tenía colgado un letrero de color blanco en el que se leía LICHTSSPIELHAUS: estaba mal escrito. Bender observó la ese repetida, esa letra igual que una voluta de humo pequeña y perdida. Junto al vehículo caminaba un hombre que en lugar de cara parecía tener solo frente; silbaba una melodía pegadiza con aire a canción popular y, aquí y allá, gritaba algo sobre las películas que se iban a proyectar. Qué hermoso el Lichtspielhaus. Cuando volvió del este lo frecuentaba con Charlotte. En verano apenas iba nadie al cinematógrafo que regentaba el extravagante Busch, el boticario; en el mejor de los casos, unas cuantas parejitas que se sentaban muy juntas y no prestaban demasiada atención a los noticiarios que iluminaban la pantalla. De vez en cuando, el comprensivo boticario movía el proyector para que las parejas disfrutaran de un espacio más íntimo cuando se apagaban las luces.

Bender se paró a contemplar el enorme pájaro zancudo que, enganchado al estrafalario carromato, avanzaba solemne

por el polvo soleado de Neumarkt. Por ridículo e insignificante que fuera su papel, estaba en completa armonía con el mundo aunque el mundo solo le hubiera reservado aquel disparate. Y es que era una criatura nacida de un *huevo* y, como tal, parte de las estirpes colonizadoras primordiales y más nobles de la Tierra: los seres escamosos, los emplumados y, finalmente, los alados. Todos salieron un día de una luna pequeña que debió de caer y hacerse añicos hará unos tres mil años en algún punto cercano a la región de la cáscara terrestre que se sigue llamando (qué locura) *zona ecuatorial*. Mientras los ejemplares coloridos y testarudos («aves del paraíso», así eran conocidos) se quedaron allí custodiando los árboles de la selva, los demás se lanzaron a conquistar el mundo. De todos los seres, eran los que más edades llevaban en la Tierra y eso se deducía de un hecho muy simple: habían aprendido a volar. Algo así llevaba mucho tiempo. La humanidad lo había conseguido hacía solo unos pocos años y solo a cambio de su paz interior. Bender estuvo a punto de descubrirse ante el avestruz.

El pájaro se detuvo al llegar al cruce. El dueño lo maldijo y arreó. En respuesta, el ave empezó a sacudir la cabeza de una forma extraña, como si estuviera mareada. A Bender le recordó el truco que les enseñaban a los jóvenes pilotos del escuadrón: debían balancear enérgicamente la cabeza adelante y atrás cuando no soportaran la aceleración. Así se restablecía el equilibrio. Había quien se metía algodones empapados de cera en el oído, como Odiseo. Decían que los indios norteamericanos se introducían pequeños guijarros en el conducto auditivo y así, sin inmutarse por la fuerza de absorción de los abismos que los acechaban alrededor, trepaban hasta cien pisos de altura por los andamios de acero de las florecientes urbes de Chicago, Nueva York o San Francisco. El avestruz se tambaleaba desbocado de un lado para otro. El dueño tiraba exasperado de las riendas.

¡Menudo país debía de ser Estados Unidos! La verdad se había propagado desde allí al resto del mundo. Bender miró

el cielo azul y trató de situar la costa oriental de América. Al principio le costaba hacer ese ejercicio, pero ahora sabía mirar. Era recomendable practicarlo de día, sin la distracción del cielo estrellado. Es curioso cómo reconforta saber que, al menos, se mira en la dirección correcta aunque aquello a lo que se apunte no deje de ser invisible ni inalcanzable. Solo emitir rayos ópticos daba ya cierta satisfacción, como en una suerte de rezo. Quién sabe, quizá esos rayos ópticos alcanzaran directamente el singular LUNA PARK DE CONEY ISLAND. Por lo visto, la isla de diversiones abría todos los días del año al otro lado de la cáscara terrestre: arriba y algo a la izquierda, en el cielo occidental, a unos treinta y cinco grados. Ojalá se desprendiera el Luna Park y llegara flotando hasta donde él se encontraba. Sería un vuelo de nada. ¡Un parque de atracciones aterrizando sobre una ciudad! ¡La pequeña Worms eclipsada por la sombra de una isla flotante repleta de norias que hacían señas como molinos de viento!

Bender tenía una revista americana con un reportaje sobre un museo de Coney Island que exhibía a niños prematuros. Estaban en urnas de cristal, las *infant incubators*, todo un ingenio de la técnica. Diminutas figurillas humanas amasadas con la misma materia que los peces. Eran inviables y, sin embargo, metidos en sus vitrinas salían adelante de forma espléndida. Descansando entre cristal y absorbiendo el calor que se les irradiaba, compensaban las semanas y los meses que les arrebató la prisa por nacer. Se le saltaron las lágrimas cuando, en su imaginación (no había otra forma de viajar bajo la ocupación francesa), se detuvo frente a una de esas cuasimomias y apoyó la mano contra el cristal. Lo admiró y lo conmovió que las criaturitas no se quedaran a cada rato sin aire. Quizá apenas necesitaban. Como animales en hibernación. O lúnulas. Durante la guerra, ese mismo temor por quedarse sin aire le hizo preferir los aviones descubiertos. Aborrecía tener que pilotar bajo una mampara de cristal, por muy moderna que fuera. ¡Ah! ¡Ojalá hubiera más reportajes

como ese, más revistas así! Tardó un rato en advertir que se había apartado de la ruta más conveniente según el horóscopo del día. Enseguida dio media vuelta, corrigió la desviación y tomó el camino correcto.

Nada más entrar en El Clarín se tenía la sensación de que esa posada necesitaba carraspear. Luz ronca. Del entablado de la pared colgaban postales con las imágenes más variopintas: bailarinas, personajes carnavalescos, actores, el Sigfrido de Wagner y el cómico Kabausche. En una se veía la Luna. Una hoz bajo una luz penetrante, mientras que el resto, la parte que no estaba iluminada, apenas se distinguía. Debajo estaba la leyenda, CLAIR DE TERRE ['Claro de Tierra']. A Bender se le escapó una risilla nerviosa, sacudió la cabeza ante aquel absurdo y buscó al posadero. Cuanto más se repetía las palabras que llevaba preparadas, más oscuros y materiales se hacían los *cráteres lunares* a su lado.

En el comedor, el aroma a asado y a patatas salteadas con mantequilla era delicioso. Un hombre leía encorvado el periódico; tenía mal aspecto y un vendaje lleno de lamparones cubriéndole la nariz y la boca. Las moscas zumbaban a la altura de las rodillas. Una pequeña familia se repartía un pedazo de carne de caza con gestos exagerados. Y, en una esquina, un niño y un anciano compartían una mesa diminuta; nieto y abuelo, es de suponer. El chiquillo enseñaba cuánto doblaba el pulgar hacia la muñeca. Después lo intentó el anciano y ¡lo consiguió! Bender soltó un suspiro en señal de admiración.

Como el dueño de la posada no aparecía, Bender se sentó junto al lector del periódico. Desplegó el panfleto de la conferencia y, para tentar un poco la suerte, dejó al lado la llave del apartamento de Else, su querida. Esa misma mañana había vuelto a llorar desconsolada cuando se separaron. La llave tenía una forma interesante: parecía un caballero en miniatura, o quizá fuera una momia vista de perfil. Bender empezó a soñar: Egipto, geometría y sindicatos. Cuando salió del ensoñamiento

y regresó al comedor, que no paraba de llenarse de olores nuevos, dijo «ciertamente», pero en relación con algo que solo estaba en su cabeza y cuyo contenido exacto se esfumó al instante. Por fin se presentó el dueño y le preguntó qué quería.

—¿Por ventura no podría...? —comenzó Bender—. Lo que quiero decir, y trato de improvisar, es que soy...

El posadero se agachó y se puso una mano detrás de la oreja. Emanaba un olor a alcohol que le recordó a Bender el lagar de la bodega de su infancia.

—Soy conferenciante —alzó la voz—. Y preguntábame si por ventura no podría arrendarse un salón de esta venta.

¿Por qué hablaba así? El alemán se le había enredado en capas lingüísticas antiguas. No era de extrañar que el otro no entendiera nada.

—Ah, ¿dice que quiere dar una conferencia? ¿Y de qué tipo, si se puede saber?

Bender lo vio todo ante él: el universo, el globo terrestre, la verdad sobre la vida y la muerte. La revolución erótica de Worms. La congregación de la humanidad, la santa pareja sacerdotal de Peter y Charlotte. Sacudió la cabeza.

El dueño seguía inmutable.

—En realidad, solo necesito saber si va a hablar ante un grupo privado —le dijo a Bender.

—No, en público.

—De acuerdo, en público.

—¿Y el alquiler del salón cuánto...?

El dueño tuvo que pensarlo. Miró hacia el techo. Se puso el pulgar izquierdo sobre el labio de abajo para acompañar la intensa cavilación y fue como si lo inflara. Dijo una cantidad. Bender se levantó y le estrechó la mano. Trato hecho, se dijo. *Trato hecho, equilibrá.*

—¿Política? —preguntó el posadero.

—¿Cómo dice?

—¿La conferencia va a ser política?

—Oh, solo en el sentido más amplio.

El pulgar regresó al labio. En ese caso puede que haga falta un permiso, comentó el dueño. De la Comisión de Renania, que es la autoridad encargada de cuestiones políticas...

—Oh, pero solo en el sentido más amplio —repitió Bender—. Como nuestra conversación de ahora.

—Ajá.

El posadero asintió, se echó para atrás aunque no tenía dónde recostar la espalda y se llevó una mano a la barba con gesto grave. Parecía que no sabía cómo interpretar la comparación de Bender. *Como nuestra conversación*. Claro, ¿esa conversación era política o no? Desde luego, acababan de mencionar a la autoridad de ocupación aliada. Pero ¿bastaba eso para que la conversación fuera política? ¿Era política una conversación sobre si la conversación era política? ¿Acaso una conversación política implicaba automáticamente referencias a la guerra, a la amenaza de inflación o al socialismo? No había duda de que las conferencias sobre la guerra eran políticas, y por eso estaban prohibidas. Sin embargo, ¿no se podía conmemorar la catástrofe con total inocencia, tan solo por su significado? Pero ¿cuál era el significado de un término? Hasta Bender sintió en la piel el torbellino de ideas que se levantó en la sala.

—Comprendo —dijo por fin el dueño.

—Entre otras materias, versará sobre el globo orbital terrestre —dijo Bender con un hilo de voz.

—¿Sobre el qué?

—Sobre la naturaleza del universo terrestre. Aunque también sobre la revolución de lo privado.

—¿Revolución?

¡Oh, ¿por qué había tenido que elegir esa palabra?!

De la mesa de al lado llegó un murmullo.

Bender miró alrededor. ¿Es que ya lo reconocían?

—¿Cómo dice?

—Se desplomarán —dijo el hombre encorvado sobre el periódico.



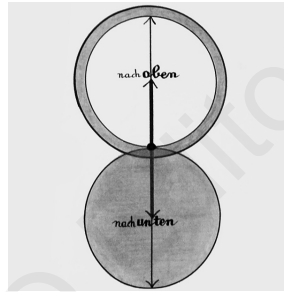
—¿Habla conmigo?

—¿Quiere que este hombre dé aquí sus conferencias? —preguntó a través del vendaje—. En tal caso, haría bien en preparar paños fríos para las damas.

El dueño no respondió.

—Creo que no nos conocemos —Bender se dirigió al desconocido, que se limitó a levantar las manos y a seguir hojeando el diario como si la situación le resultara absurda.

Así que revolución, vaya, vaya, siendo así debía darle información más concreta, insistió el posadero. Bender accedió, dio la vuelta al panfleto y dibujó a vuelapluma una pequeña *orientación* (arriba/abajo):



El dueño miró, caviló y dejó que pasara un rato, y al final le resultó evidente que una explicación como esa no le servía de nada. Desde luego, el caballero era muy bienvenido (al lector de periódicos maltrecho se le escapó una risita), pero necesitaba algo más de información para notificar a la Comisión de Renania, conforme a las ordenanzas. No sobre el contenido literal, eso no había que determinarlo de antemano ni mucho menos, solamente sobre el grado de politización.

A Bender le gustó el concepto. Elogió al dueño y volvió a señalar el dibujo: ahí estaba. En la mesa de la familia carnívora, a alguien se le cayó un cubierto y varias cabezas se hundieron bajo la tabla de madera para empezar a buscarlo a gatas.

—Izquierda —dijo el posadero.